

## EL SACERDOTE, SIGNO POSITIVO DE CONTRADICCIÓN

**Pbro. Miguel Picado G.**



En esta sociedad capitalista, tan marcada por el pecado social, el sacerdote aparece como un signo de discrepancia, pues en el fondo no se acomoda con ella.

“El que la hace, la paga”, dice la máxima, que actúa como ley suprema. Todo se paga: una deuda, una compra, un alquiler o un delito. O paga la deuda o queda incapacitado para nuevos créditos, lo que es una especie de muerte civil. Pero el sacerdote actúa con otra lógica: perdona. Perdona, porque es su oficio, pues sirve a “Jesús, incomparable perdonador de injurias”.

Y ese poema de Rubén Darío continúa así: “óyeme; Sembrador de trigo, dame el tierno pan de tus hostias...”

En esta sociedad capitalista, tan chabacana y negada a la poesía, al extremo de que quienes cultivan este arte deben intercambiar entre ellos sus escritos para no morir anónimos e ignorados, el sacerdote en cambio, lee día con día los Salmos, ese poemario que recoge todos los sentimientos humanos: el gozo de la adoración, el pánico ante la muerte próxima, la postración del enfermo, lo sublime del amor entre el varón y la mujer: “Prendado está el rey de tu belleza” (Sal 44, 11), la alegría por la cosecha, la esperanza por la justicia, el anhelo supremo: “Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo, mi alma está sedienta de ti...” En esta sociedad capitalista, donde el pasado desaparece para que el futuro sea siempre igual a un presente sin futuro, el sacerdote lee día con día la Sagrada Escritura y los Santos Padres y así adquiere perspectiva de siglos, aprende a relativizar la actualidad y se abre a los verdores del porvenir.

Y el sacerdote medita día con día los escritos del magisterio de la Iglesia y de los teólogos, que enjuician con severidad esta sociedad empecatada, sin dejar de amarla y siempre con esperanza.

En esta sociedad capitalista, donde uno vale por lo que tiene, ostenta y consume, el sacerdote recuerda con Teresa de Jesús “Quien a Dios tiene nada le falta, solo Dios basta”. En esta sociedad cada vez más desigual, el sacerdote sabe tratar a todos como iguales. Muchas veces he visto a presbíteros y a religiosas tratar con cortesía al indigente.

Y lo más importante: el sacerdote preside y celebra con los otros cristianos la única celebración en la que el pobre y el millonario, el analfabeta y el catedrático, el sano y el enfermo, el niño y el anciano, se alimentan del mismo Pan verdadero.